

LECTURA

No en nuestra ciudad

Según la autora Suzanne Goldsmith, construir una comunidad “solo requiere la capacidad de ver el valor en los demás, de mirarlos y ver un socio potencial en la propia empresa”.¹ La intolerancia, el odio y la violencia ponen a prueba la fortaleza de una comunidad. Cómo responden los miembros de una comunidad es una medida del compromiso de sus ciudadanos con la democracia. A principios de la década de los noventa, grupos de odio organizaron en Billings, Montana, una oleada de violencia racista y antisemita. En 1994, la periodista Claire Safran informó sobre la respuesta de la comunidad.

En una tranquila tarde en Billings, Montana, a principios [de diciembre de 1993], un desconocido llegó a la casa de Tammie y Brian Schnitzer. Atravesó el césped, con un bloque de hormigón en la mano. Se detuvo ante una ventana decorada con calcomanías de la estrella de David y una menorá, el candelabro de nueve brazos que es el símbolo de la fiesta judía de Janucá. Entonces lanzó la piedra, enviando fragmentos de cristal al dormitorio de Isaac, de 5 años.

Por casualidad, el pequeño no estaba allí. Había estado en la sala de estar viendo la televisión con su hermana de 2 años, Rachel, y una niñera. Oyeron el golpe, pero cuando la niñera buscó la causa, no vio la ventana rota. Esa la encontró Brian cuando llegó a casa. Estremecido, telefoneó a la policía y acostó a los niños en el lugar más seguro que se le ocurrió: envueltos en sacos de dormir bajo la cama de cuatro postes de su dormitorio. “Estamos jugando a las acampadas”, le dijo a Isaac.

No mucho después, Tammie regresó de una reunión de la coalición de derechos humanos que copresidía. Al ver la expresión de su marido, le preguntó: “¿Qué pasa?”. La condujo a la habitación de Isaac. Conmocionada, se quedó mirando la ventana rota. Tammie se había sentido un poco nerviosa al colocar los adornos de Janucá; en los últimos meses, se habían producido una serie de crímenes de odio en la ciudad. Ahora sus peores temores habían llegado a casa.

Esperando a que llegara la policía, Tammie se acurrucó en una mecedora en la habitación de su hijo. “Sentí mucho frío”, recuerda. “Pero no era el aire invernal que entraba por la ventana rota. Era mi sensación de estar tan indefensa. Era mi miedo a lo que vendría después”.

¹ Suzanne Goldsmith-Hirsch, *A City Year: On the Streets and in the Neighborhoods with Twelve Young Community Service Volunteers* (New Brunswick, N.J., EE. UU.: Transaction Publishers, 1998), 277.

Unas 80,000 personas viven bajo el gran cielo de esta ciudad del valle protegida por colinas rocosas. Conducen camionetas y berlinas familiares, visten con jeans y trajes de negocios, y se mezclan de forma fácil y relajada. Son en su gran mayoría cristianos y blancos; viven aquí unas 50 familias judías y menos de 500 negros. Añada los hispanos y los nativos americanos, [y] en total, las minorías en Billings representan un exiguo 7 por ciento más o menos de la población.

Para algunos eso sigue siendo demasiado. En 1986 los supremacistas blancos declararon que Montana era uno de los cinco estados que componían su "patria aria". En los años siguientes, los incidentes racistas en todo el estado se hicieron cada vez más frecuentes; finalmente surgieron en Billings. . . .

A finales de 1992, los Caballeros del Ku Klux Klan y una banda de cabezas rapadas se habían convertido en presencias visibles en Billings. Se tiraban periódicos del Klan en las entradas de las casas y aparecían panfletos atacando principalmente a judíos y homosexuales. Un día se colocó una pegatina que decía "Nuke Israel" en una señal de pare cerca del templo. Poco después, Tammie vio un panfleto en el que se nombraba a Brian, que acababa de convertirse en presidente de la Asociación de Comunidades Judías de Montana. "Me sentí enferma", recuerda. "Me afectó mucho".

En una reunión, los responsables del templo decidieron no pronunciarse. Dice Tammie: "Parecían pensar que reconocer un problema o identificarnos como diferentes nos apartaría". Tammie se negó a permanecer en silencio. . . .

Al mismo tiempo, Margaret MacDonald . . . madre de dos hijos y directora a tiempo parcial de la Asociación de Iglesias de Montana, encontraba resistencia a otro esfuerzo por llamar la atención sobre el problema: una petición que se oponía al odio y al fanatismo. "En el pueblo había una postura rotundamente dura, como un muro de ladrillo, de que cuanto menos se hablara de los cabezas rapadas y otros racistas, mejor", dijo. Sin embargo, ella persistió y, en los meses siguientes, más de 100 organizaciones y 3,500 personas firmaron la resolución.

En la primavera de 1993, tras una conversación en una reunión municipal, Tammie, Margaret y varias personas más formaron la Coalición Billings por los Derechos Humanos. "No era una cuestión judía, sino de derechos humanos", dijo Tammie. "Queríamos concienciar a la comunidad de lo que estaba pasando".

La actividad de odio se intensificó. En septiembre, cuatro días antes del comienzo del Año Nuevo judío, unos vándalos volcaron lápidas en el cementerio judío. Y en la propia festividad, se hizo una amenaza de bomba en el templo antes del comienzo del servicio para niños.

Tammie instó a los miembros de la sinagoga a que hablaran. “Quería que la gente supiera lo que estaba ocurriendo. Pero algunos miembros pensaron que nos pondríamos en más peligro. No sabíamos qué hacer”.

En las semanas siguientes, varios residentes de Billings —inspirados por la Coalición por los Derechos Humanos— pasaron a la acción contra el racismo. Cuando los cabezas rapadas se presentaron en los servicios de la Capilla Wayman de la Iglesia Metodista Episcopal Africana, pequeños grupos de cristianos blancos aparecieron en respuesta. Se sentaron con la congregación hasta que los cabezas rapadas dejaron de acudir. En octubre, una pareja interracial se despertó una mañana y encontró palabras malsonantes y una esvástica pintadas con spray en su casa. Tres días después, voluntarios del sindicato local de pintores repararon los daños.

Pero con la llegada de las fiestas navideñas, los incidentes de odio se volvieron violentos. A finales de noviembre lanzaron una botella de cerveza contra la ventana de una casa judía. Y luego, en la noche del 2 de diciembre, la casa de los Schnitzer fue atacada.

Mientras Tammie hablaba con el oficial de policía que había llegado a su casa, oscilaba entre el miedo y la indignación. “Esto no es solo una travesura”, dijo. Él estuvo de acuerdo y le aconsejó que quitara los adornos de Janucá y evitara dejar a los niños con una niñera.

Tumbada en la cama esa noche, sin dormir, Tammie pensó en lo irónico que era que el ataque a su casa hubiera ocurrido por Janucá, una fiesta que conmemora la lucha de los judíos hace miles de años para adorar a Dios a su manera. “Me pregunté qué tipo de lucha nos esperaba y cómo podíamos detenerla antes de que fuera peor”, dijo.

Al día siguiente, viernes, Tammie habló con un reportero del *Billings Gazette*. Le contó lo preocupada que estaba por el consejo del oficial. “Quizá no sea prudente mantener estos símbolos”, dijo. “Pero, ¿cómo se lo explicas a un niño?”.

El sábado por la mañana Margaret [MacDonald] leyó la cita de Tammie en el periódico. Intentó imaginarse diciéndole a su hija, Siri, que entonces tenía 6 años, que no podían tener un árbol de Navidad, o explicándole a Charlie, que entonces tenía 3 años, que tenían que quitar una corona de la puerta porque no era seguro.

Margaret telefoneó a su pastor, Keith Torney. “¿Qué le parecería si pusiéramos a los niños a dibujar menorás en la escuela dominical?”, le preguntó. “¿Si mimeografiáramos tantos dibujos de la menorá como pudiéramos? ¿Si dijéramos a la gente que las pusiera en sus ventanas?”.

El reverendo Torney también había leído el periódico esa mañana. “Sí”, dijo. “Y sí otra vez”.

Pasó el resto del día al teléfono, reclutando a otras iglesias. Esa semana aparecieron

cientos de menorás en las ventanas de los hogares cristianos de Billings. “No fue una decisión fácil”, dijo Margaret. “Con dos niños pequeños, tuve que pensármelo mucho. Pusimos nuestra menorá en la ventana de la sala y nos aseguramos de que nadie se sentara delante”.

Una de las primeras en colocar una menorá fue Becky Thomas, . . . una católica madre de dos hijos que vive cerca de los Schnitzer. “Es fácil ir por ahí diciendo que apoyas alguna buena causa, pero esto era diferente. Era ponernos en peligro”, dijo. “Le dije a mi marido: ‘Ahora sabemos cómo se sienten los Schnitzer’”.

Algunos, nerviosos por poner en peligro a sus familias, consultaron primero con Wayne Inman, el jefe de policía de la época. “Sí, hay un riesgo”, dijo a los que llamaron. “Pero hay un riesgo mayor en no hacerlo”.

El 7 de diciembre, el *Billings Gazette* publicó una foto a toda página de una menorá para recortar y pegar con cinta adhesiva. Los comercios locales también distribuyeron fotocopias de menorás, y uno puso un mensaje en una valla publicitaria, proclamando: “¡No en nuestra ciudad! Ni odio, ni violencia. Paz en la Tierra”.

Cuando el símbolo judío brotó en las ventanas cristianas, los que odian arremetieron. Rompieron los cristales de las puertas de la Iglesia Evangélica Metodista Unida, adornada con dos menorás. Alguien disparó contra una escuela católica que se había unido a la cruzada. A seis coches aparcados delante de casas que exhibían menorás les rompieron las ventanillas a patadas; los propietarios recibieron llamadas telefónicas que les decían: “Ve a mirar tu coche, judío”.

Sin embargo, de repente, por cada menorá que había antes, aparecieron diez nuevas. Cientos de menorás se convirtieron en miles. Se calcula que hasta 6,000 hogares de Billings tenían menorás expuestas. “Todo el tiempo, nuestra coalición había estado diciendo que un ataque a uno de nosotros es un ataque a todos nosotros”, dijo Margaret MacDonald. “Y que Dios les bendiga, la gente de esta ciudad lo entendió”. . . .

Los habitantes de Billings conservaron sus menorás hasta el Año Nuevo. Como dice Inman, “Los que odian podrían atacar un par de hogares judíos. Podrían hacer una segunda oleada de ataques contra hogares e iglesias cristianas. Pero no podrían atacar miles de menorás”.

Enfrentados a un pueblo unido, el Ku Klux Klan y los cabezas rapadas se echaron atrás. Los actos de vandalismo cesaron, la literatura de odio desapareció y las llamadas anónimas terminaron. Pero sin testigos ni pistas sólidas, la policía nunca pudo realizar ningún arresto, un hecho que deja a la comunidad muy intranquila. . . .

La ciudad sigue unida. En abril [de 1994] más de 250 cristianos se unieron a la comunidad judía para celebrar un Pesaj, la tradicional comida de Pascua judía. Poco después, cientos de personas asistieron a un concierto de música judía que los Schnitzers ayudaron a coordinar para mostrar su agradecimiento a Billings.

Tammie Schnitzer y Margaret MacDonald están ocupadas organizando reuniones y hablando en las escuelas sobre la sensibilidad racial. A pocas semanas de Janucá, están intensificando sus actividades y trabajan en eventos festivos combinados para el templo y las iglesias locales.

Pronto Tammie estará colocando sus decoraciones de Janucá. "Tengo que asegurarme de que mis hijos estén orgullosos de sí mismos y nunca tengan que ocultar quiénes son", dijo. "Sí, tengo miedo. Pero sé que si volviera a ocurrir algo, la comunidad respondería".

Becky Thomas, por su parte, está preparada. "Guardamos nuestra menorá y volverá a estar en nuestra ventana", dijo. "Tenemos que mostrar un compromiso para toda la vida".²

Roger Rosenblatt, del *New York Times*, entrevistó a residentes de Billings en 1994 y descubrió que muchos de ellos estaban reevaluando sus actitudes y creencias como resultado de la campaña de la menorá. Wayne Inman, antiguo jefe de policía de Billings, contó a Rosenblatt que, aunque en su ciudad natal no había afroamericanos ni judíos, creció oyendo insultos racistas.

Era tan común como que saliera el sol por la mañana. Nadie se enfrentaba nunca al tema. Era "normal." Pero cuando salí al mundo más amplio, descubrí que no era normal, o que si era normal, había que oponerse a ello. Cuando hay una persona presente, no solo una palabra, ves que estás hablando de un ser humano cuya piel es negra. Lo vi por mí mismo. Vi la herida y el dolor en sus ojos. Se convirtió en una cuestión muy personal para mí.³

Sarah Anthony, miembro de la Coalición de Derechos Humanos, reflexionó sobre la lucha y por qué le importa. Le dijo a Rosenblatt:

¿Qué hemos hecho hasta ahora? Idear un plan. Hacer algunas llamadas telefónicas. Colocar menorás. Eso es todo lo que hemos hecho. Cosas bastante sencillas, en realidad. Pero hay que construir el sentimiento, forjar el sentimiento real que cala hondo. Hicimos algo bien aquí, y lo volveremos a hacer si es necesario. Si no lo hacemos, hay gente que rompería todas las ventanas de Billings, y nosotros miraríamos por esas ventanas y nos veríamos a nosotros mismos.⁴

² Claire Safran, "Not in Our Town," Redbook, noviembre de 1994. Reimpreso con autorización de Scott Williams, en nombre de los herederos de Claire Safran Williams.

³ Roger Rosenblatt, "Their Finest Minute," *New York Times*, 3 de julio de 1994.

⁴ Roger Rosenblatt, "Their Finest Minute," *New York Times*, 3 de julio de 1994.

Preguntas de contexto

1. ¿Cómo pusieron a prueba el racismo y el antisemitismo la fortaleza de la comunidad de Billings? ¿Qué reveló la respuesta de los ciudadanos sobre su universo de obligaciones? ¿Cómo se relacionaba su respuesta con su compromiso con la democracia?
2. ¿Qué sugiere la historia de Billings sobre la forma en que la gente puede participar? ¿Qué sugiere sobre la forma en que un acto lleva a otro y a otro más? ¿En qué precedentes o acciones pasadas se basaron los habitantes de Billings? ¿Qué legados dejaron para sus hijos? ¿Para otras comunidades?
3. ¿Qué quiere decir Sarah Anthony cuando afirma: “Hicimos algo bien aquí, y lo volveremos a hacer si es necesario. Si no lo hacemos, hay gente que rompería todas las ventanas de Billings, y nosotros miraríamos por esas ventanas y nos veríamos a nosotros mismos”? La activista Marian Wright Edelman cree que “el silencio de la gente buena” puede ser “tan perjudicial como las acciones de la gente mala”. ¿Estaría Anthony de acuerdo? ¿Está usted de acuerdo?
4. ¿Qué es un crimen motivado por el odio? ¿Qué distingue un crimen de odio de otros crímenes? Después de que una roca fuera lanzada a través de la ventana de una casa que pertenecía a una familia vietnamita, el entonces Superintendente Adjunto William Johnston, del Departamento de Policía de Boston, señaló que la roca hizo algo más que destrozarse un vidrio. También destrozó a una familia. ¿Qué cree que quiso decir? ¿Cómo se aplican sus palabras a la situación de Billings sobre la que ha leído?
5. “Los crímenes de odio no son un problema policial”, dice el ex jefe de policía Wayne Inman. “Son un problema de la comunidad. Los crímenes de odio y la actividad de odio florecen solo en las comunidades que les permiten florecer”. James Pace, el jefe de un grupo racista de “cabezas rapadas” en Billings, está de acuerdo. Le dijo a un reportero: “Si tienen un problema racista, ha estado aquí y va a estar aquí estemos o no”. ¿Por qué cree

que la gente se une a grupos de odio? ¿Qué puede hacer la gente para asegurarse de que los grupos de odio no prosperen en sus comunidades?